

Jorge Galán

NOVIEMBRE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JORGE GALÁN
NOVIEMBRE

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2016

© Jorge Galán, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-339-4
Depósito legal: B. 18.082-2016
Fotocomposición: Moelmo
Imprenta: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

La mañana era fría pero no en el campus de la universidad.

Había entrado y recorrido sólo unos metros cuando el aire se había vuelto tibio, y lo era incluso en la zona que se encuentra junto a la Rectoría, donde acaba la cancha de fútbol, en esa orilla llena de pinos que dan sombra todo el año. Serían las seis de la mañana y caminó toda esa calle lateral que recorre la parte trasera de la biblioteca y de los edificios del laboratorio y llega hasta el Centro Monseñor Romero. La tibieza que había sentido se hizo más evidente en cuanto entró al centro, pero ya sus pasos, que antes habían sido enérgicos, sin que lo notara, se habían vuelto lentos, como si algo le impidiera darlos, como si un niño pequeño se amarrara a sus piernas y le impidiera andar con agilidad.

La puerta estaba abierta y el lugar parecía un campo de batalla por dentro, con restos de casquillos de bala por el suelo. Era evidente que un incendio había acabado con algunas de las habitaciones. No quiso entrar a ninguna de ellas, pero por el pasillo sus huellas frescas se unieron a docenas de huellas que se dibujaban en la ceniza. Subió las gradas que llevaban del centro a la casa de los jesuitas. Pronto pudo ver los cuerpos de los sacerdotes. Caminó alrededor de ellos, sin dejar de mirarlos, y se inclinó para tocar al padre Martín-Baró. Puso sus dedos en el hombro del sacerdote como si intentase despertarlo, pero no reaccionó. Vio un rastro de sangre que iba desde el jardín hacia el interior de la casa. Sintió una sombra detrás, una sombra tan real como el dolor. Él no había ido a buscar a los sacer-

dotes, estaba allí por su mujer y su hija, que vivían en la misma casa.

Al subir las gradas tuvo el impulso de correr hasta la habitación del fondo, donde las dos pasaban la noche, pero no se atrevió. Se quedó con los jesuitas asesinados y quiso creer que no faltaba nada para oír la voz de su mujer diciéndole que dejara eso, que entrara en la habitación, que se apurara en llamar a una ambulancia... pero la voz no llegaba. Tardó unos minutos en atreverse a dejar los cuerpos de los sacerdotes atrás y enfrenarse a la habitación del fondo. No supo cuándo tapó su boca con la mano. El silencio de todo el lugar era una evidencia demasiado terrible. Temblaba al acercarse. La puerta estaba abierta. ¿Por qué no había salido su mujer o su hija? ¿Por qué no las escuchaba? Se detuvo a un paso de la puerta y se encontró perdido. Un instante después se asomó y las vio, una junto a otra, tiradas en el suelo, casi abrazadas. Se sentó en medio de la habitación, aún con la mano sobre la boca, pero sin mirar más, porque no quería ver más, ni pensar, ni sentir. Cuando pudo levantarse, caminó hasta la capilla, que estaba justo al lado de la habitación, y se sentó de nuevo, recargándose en uno de los muros de la fachada. Sólo en ese momento tan lleno de soledad como de espanto pensó en lo que podría hacer, y era nada, salvo salir de la universidad y caminar hasta la casa donde vivían los otros jesuitas, que estaba a sólo unos metros del campus, al final de una calle paralela. Supuso que debía dar aviso de lo sucedido. Así que se levantó y de pronto sintió una urgencia enorme, como si al llegar más rápido pudiera solucionarse algo. Por eso apuró el paso. Salió de la universidad y casi corrió para dar la noticia, sin notar que, al dejar aquella casa, la mañana seguía siendo fría.

José María Tojeira estaba aseándose en el patio. Había afeitado la mitad de su rostro cuando el padre Francisco Estrada se asomó a la puerta.

—Chema, acaba de llegar Obdulio y dice que han asesinado a los jesuitas de la UCA y también a su mujer y su hija.

Tojeira sintió que el suelo se movía o que se ponía blando como cuando se anda en un bosque de pinos en el otoño y las hojas cubren el polvo y las raíces. La sensación de mareo se mezcló con el frío y tardó unos segundos en comprender lo que le acababan de comunicar de una forma tan trivial, como si le hubieran anunciado que estaba listo el desayuno. Llamó a otro de los jesuitas, que se encontraba en la planta alta de la casa, y le pidió que lo acompañara mientras acababa de afeitarse, que lo sostuviera porque sentía que se caía. Al terminar, subió a su habitación, se vistió y lo que pensó no lo recuerda, ha quedado perdido para siempre.

Al bajar encontró a Obdulio sentado en un sillón de la sala. Parecía haber empequeñecido de alguna forma, como cuando la mano abierta se convierte en un puño cerrado. Silencioso, oscuro, con la mirada extraviada, apoyaba su cabeza en la pared y parecía no escuchar nada de lo que se decía a su alrededor. Junto a Obdulio, de pie, se encontraban otros compañeros y una mujer llamada Lucía, que se había quedado a pasar la noche en un edificio contiguo a la universidad, propiedad de la Compañía de Jesús, donde le habían dado resguardo pues no había podido volver a su casa, que se encontraba en medio

de una zona de guerra. Lucía trabajaba con los padres en la universidad y aquellos días la acompañaban su hija y su esposo. En cuanto vio aparecer a Tojeira se abalanzó sobre él y le dijo:

—Padre, yo los vi, los vi y los escuché. Eran soldados, padre.

Los había visto salir de la casa, iluminados por la luz de la luna, una luz más radiante que ningún otro día. Tal vez sorprendida por las bengalas que los soldados lanzaron en el momento de la retirada. Tojeira y algunos sacerdotes hablaron brevemente con Lucía. Le preguntaron si estaba dispuesta a testificar. Ella no dudó. Contestó que sí, que haría lo que fuera necesario. Le pidieron que, por su seguridad, lo mejor era que pasara desapercibida, que volviera a la casa y no hablara con nadie, que ellos se encargarían de todo.

Como aún tenían que comprobar lo que les habían dicho, se prepararon para salir. Pero antes de hacerlo, uno de los jesuitas preguntó: *¿Y qué hacemos si todavía están dentro?* Le preguntaron a Obdulio si había visto a alguien, y él contestó que no, que no había nadie, o que al menos él no había descubierto a nadie dentro.

—¿Y si están escondidos? Aún es muy temprano, pueden estarnos esperando.

—Obdulio, ¿has revisado la casa de los padres?

—No, padre, no revisé nada —respondió aquel hombre, que era una sombra—. No quise entrar ni al cuarto donde estaba mi mujer.

—Yo creo que hay que ir a ver qué ha pasado —indicó Tojeira—. Es peor si no vamos. ¿O alguno quiere quedarse?

Nadie respondió. Así que Tojeira los dividió en dos grupos.

—Ustedes vengan conmigo —pidió a algunos—, vamos a entrar por el portón del lado este. Y ustedes vayan por la entrada peatonal. Si oyen disparos, vuelvan corriendo a la casa y llamen a la prensa internacional, y no salgan.

No estaban lejos, la casa en la que vivían Tojeira y los otros jesuitas estaba apenas a unos metros de la entrada peatonal de la universidad, al fondo, en la misma calle. A la entrada este se podía acceder rodeando la casa y bajando a través de una ave-

nida que transcurre de norte a sur, desde el Bulevar Los Próceres hasta Antiguo Cuscatlán. Así que Tojeira fue por allí, con la llave de la puerta en la mano. Hubiera querido que los goznes no hicieran ruido al abrir, pero fue inevitable. Desde esa entrada, el Centro Monseñor Romero quedaba a unos pocos metros a la izquierda, al subir a través de la calle interna de la universidad.

La casa de los jesuitas de la UCA se encuentra en la fachada opuesta al Centro Monseñor Romero, y se tiene acceso a ella desde el interior del centro o desde una entrada que se encuentra junto a la capilla. En el lado izquierdo de la calle no hay construcciones sino un largo trecho de árboles, hierba y macizos de flores. En el lado derecho hay una serie de edificios, que sirven para albergar laboratorios de ingeniería. Cuenta Tojeira que avanzaron bajo la sombra de los grandes árboles que dominan esa parte del campus, que era un día luminoso, frío, y que el bullicio de los pájaros inundaba todo el lugar. Eso le hizo pensar que lo que les habían asegurado no podía ser posible, no en un día como aquel. Todo aquello tenía que ser una extraña mentira. Ese pensamiento permanecía en él incluso cuando entró al Centro Monseñor Romero a través de una puerta sin cerrar, y le llegó un aroma de ceniza, tibio, agrio, que provenía de las habitaciones laterales, consumidas por el fuego. No fue suficiente para agotar su esperanza, siguió pensando que todo podía ser un error, una espantosa confusión, mientras subía las gradas que dan acceso a la casa de los padres, escalón a escalón, y no dejó de pensarlo hasta el último instante, cuando vio, primero, una mano tirada en la hierba, y luego un hombre entero, seguido de otros tres cuerpos esparcidos como semillas extrañas por el pequeño jardín.

Se encontraban boca abajo, con los brazos extendidos como si quisieran alcanzar algo que se hallaba frente a ellos. Otro, con un solo perfecto orificio, asesinado con un tiro de gracia. Tojeira y los demás sacerdotes estuvieron un largo rato contemplando aquella escena irreal, quizá convenciéndose de que lo que veían era cierto. Unos minutos más tarde, Tojeira entró para

revisar las que habían sido sus habitaciones, y en una de ellas encontró el cuerpo del padre Joaquín López y López en medio de una informe huella de su propia sangre. Después caminó hasta la habitación que pertenecía habitualmente al padre Jon Sobrino, que estaba de viaje fuera del país. Allí encontró el cadáver del padre Juan Ramón Moreno, que parecía haber sido arrastrado hasta aquel lugar. Poco después salió y se dirigió a la habitación que ocupaban la mujer y la hija de Obdulio.

—No lloraba —me dice Tojeira.

—¿Usted, padre?

—Ni Obdulio ni yo.

Me habla de Obdulio, y lo que me cuenta de él podría haberlo dicho sobre un cadáver, silencioso, pálido, oscurecido, sin emitir un sollozo, resignado, sometido por el peso de un destino que ha enseñado a la gente que habita este lugar de sombra que la resignación es lo único que puede encontrar en una ciudad y en un país como este. Su mujer, Elba, estaba sobre su hija, Celina, y era claro que la madre había querido proteger a la hija, que intentó salvarla hasta el último instante. El cuerpo y el rostro de la madre estaban destrozados.

Tojeira habla de esa mañana como si hubiera ocurrido una semana atrás, un mes atrás, un día atrás, porque las imágenes de ese instante nefasto, lo que vio entonces con una mirada endurecida por las circunstancias, no es algo que se pueda olvidar aunque hayan pasado muchos años, aunque hayan pasado todos los años de su vida, porque cuando el último de los días llegue para él, ese recuerdo será como un relieve sobre los otros. Y al hablarme de los cuerpos de sus compañeros, no vuelve a mencionar ni lo luminosa que era la mañana ni el bullicio de las aves ni que la brisa había vuelto y la hierba alrededor de los cuerpos se movía como si nada ocurriera más allá, como si la muerte y el miedo no fueran más que una extraña invención en el terrible mundo de los hombres.

Días atrás, el 11 de noviembre de 1989, las fuerzas militares del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) dieron inicio a la que denominaron una *ofensiva final*. No hubo un ataque en toda la guerra civil salvadoreña que tuviera una envergadura mayor. Se libraron combates por todo el país, pero principalmente en la capital, San Salvador, adonde la guerra no solía llegar con frecuencia. El sonido de la metralla, cercana o lejana, no había cesado desde entonces, y para la madrugada del día 16 aquello se había convertido en una sombría cotidianidad.

—Por la noche escuchamos los disparos —recuerda Tojeira— pero no sospechamos nada, creímos que era un combate más. Uno de tantos. Llevábamos cuatro o cinco días así. Y esa madrugada, lo que nos alarmó es que todo sucedía muy cerca, pero nada más. Fueron veinte minutos de disparos. Tres granadas y un cohete antitanque Low. Además de armas de diverso calibre. Una AK-47, que era el arma de los guerrilleros, mucho M-16, que era la usada por el ejército, y una M-60, con la que ametrallaron el edificio. Por último, un lanzallamas, que usaron para destruir el interior de las oficinas del Centro Monseñor Romero. Claro que oíamos aquello y creíamos que era un enfrentamiento. ¿Qué otra cosa podíamos pensar?

Yo creo que no podían pensar ninguna otra cosa, pero no respondo a su pregunta porque no es una pregunta en realidad, sino un lamento. Sus ojos se han oscurecido mientras hablamos, también la habitación, como cuando pasa una nube de

tormenta. Volvemos a esa mañana, a los cuerpos de los padres tirados en la hierba y al horror que viene después, cuando se preparan para el día y se reparten las tareas por hacer.

Fue Tojeira quien repartió las obligaciones como un hermano mayor que habla con los más pequeños en ausencia de sus padres y les ordena qué deben hacer para que la casa no se venga abajo. Se han quedado solos, están solos. Y aunque son hombres, algunos incluso de mayor edad que los asesinados, el vacío es tan hondo que comprenden que están solos, como si aquello fuera una verdad absoluta.

—Tú vas al arzobispado —ordenó a uno de ellos Tojeira— y le dices al arzobispo lo que sucede.

—¿No será mejor llamar?

—O llámale, o ve, como prefieras. Pero debes informarle. Y tú, tú tienes que ir al hotel Camino Real, donde está la prensa internacional.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —preguntó otro.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Por la noche. Me refiero a la noche. Quizá no sea conveniente quedarnos en esta casa.

—A lo mejor es peligroso quedarnos aislados —consideró otro más—. Y estamos muy cerca de la universidad, seguro que saben que estamos aquí.

—Quizá habría que estar todos juntos. Los seminaristas, nosotros...

—Bueno —les concedió Tojeira—, quizá lo mejor sea reunirse en una sola casa, irnos todos para la casa de Santa Tecla. Pero eso lo veremos luego, lo importante ahora es hacer un análisis de lo que ha sucedido.

—Hay que irse de aquí. Lo de Santa Tecla me parece la solución.

—Sí, lo haremos. Pero antes esto, ¿qué vamos a decir a la prensa? —preguntó Tojeira.

¿Qué conclusión sacamos de todo esto nosotros?

—Lo que nos dijo Lucía, eso es lo que debemos decir, no hay otra posibilidad.

—Sí, bueno, sí, pero no podemos decir sólo eso. Quizá, ni siquiera podemos decir que nos lo dijo una testigo. Sería demasiado peligroso.

—Lo que ha pasado es obvio. La universidad está en una zona militarizada. Estamos rodeados. Aquí no puede entrar nadie más que el ejército.

Para los jesuitas no hay otra explicación. Frente a la universidad, cruzando el Bulevar Los Próceres, se encuentra la colonia Arce, una colonia exclusivamente de militares. Más allá, a menos de quinientos metros, está la Escuela Militar, y junto a ella, la sede del Estado Mayor junto a la Fuerza Armada y la sede de la Inteligencia Militar. Toda aquella zona estaba acordonada por efectivos militares, que se extendían por toda la colonia Jardines de Guadalupe, alrededor de la UCA. Incluso en edificios anexos a la universidad se sabía que había unidades del ejército. Era imposible que una patrulla de la guerrilla penetrara en la zona en medio de toda esa seguridad, incursionara en el campus y asesinara a los jesuitas. Todo eso sin tener en cuenta que Lucía los había visto.

—Decidieron decir lo que creen que es la verdad.

—Sí. No había otra manera.

—Aun con el riesgo que implicaba acusar al ejército. A un ejército en medio de una ofensiva militar. A uno que acababa de matar a sus compañeros.

—¿Qué más podíamos hacer?

Había razón para el miedo, pero decidieron que no podían callarse. Después de aquella reunión cada uno de ellos salió a hacer lo que se le había indicado y ninguno supo distinguir el silencio de las casas aledañas a la universidad. Ninguno descubrió los rostros en las ventanas. Nadie en el vecindario sabía lo que había pasado, pero les vieron caminar por la acera, les observaron andar con la vista perdida en el polvo que se revelaba en la luz más clara de noviembre y caía al suelo. Habían sentido el peso de la sombra que cubría a cada uno. Habían notado su silencio terrible. Y todo eso les dijo que algo sucedía en la universidad. Ninguno saludaba, ninguno sonreía, se ha-

bían convertido en siluetas, siluetas que iban y venían en el frío de la madrugada y a las que ellos tampoco se atrevían a saludar, como habrían hecho habitualmente. Alguno de los vecinos pensó en el asesinato, pero no se atrevió a creerlo. Tan inverosímil les parecía.

Tojeira caminó hasta su oficina. Debía llamar a Roma. Sus pies se arrastraban por la acera, pero él no podía notarlos. Arrastraba piedrecillas y hojas secas y barría el polvo, pero él andaba atrapado por una sola imagen, la de sus compañeros en la grama, desvanecidos, de espaldas. Si hubiera existido un precipicio en la acera por donde caminaba, habría caído irremediablemente. Parecía haber dejado la existencia durante ese trayecto que hizo de manera automática, de memoria. Tampoco notó a los fisgones de las ventanas. Ni escuchó los murmullos que se decían entre ellos. Nada había afuera. Todo sucedía dentro de él, donde aún se encontraba muy cerca de los cuerpos de sus compañeros, de pie, teniendo el cuidado de no tocarlos, de no mancharlos con la suela de su zapato. Abrió la puerta sin darse cuenta, caminó hasta su escritorio, buscó el número y marcó. Mientras marcaba pensaba que era terrible tener que dar una noticia como aquella. ¿Qué hora sería en Roma? La mitad de la tarde. Quizá estuvieran almorzando. O durmiendo una siesta. O bebiendo café. Quizá alguno de los amigos estuviera a punto de contar una anécdota sobre Ellacuría o sobre el padre Segundo Montes o sobre cualquiera de los otros. Para los jesuitas de Roma nadie había muerto. Todos estaban con salud y todos los recuerdos con sus compañeros eran buenos.

Al otro lado le respondió un sacerdote. *Buongiorno*, dijo, y Tojeira pensó que estaban a punto de morir otra vez, con su noticia. Pero no podía echarse atrás, su obligación le mandaba explicar lo sucedido, y lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Pero tú estás bien? —preguntó el hombre que había contestado.

—Sí, sí, estoy bien —aseguró Tojeira, que continuó contando lo sucedido—. ¿Pero ha entendido lo que le he dicho? Han matado a los jesuitas de la UCA, a ellos y a sus dos asistentes.

—¿Pero tú estás bien?

—Han asesinado al padre Ellacuría, al padre Segundo Montes, a Nacho Martín-Baró, a Amando López, a Joaquín López y López, al padre Juan Ramón Moreno...

—¿Pero tú estás bien? —insistió la voz de Roma.

Entonces Tojeira me explica que se molestó, porque en esos momentos no se piensa mucho. Es imposible medir el impacto en el otro de lo que se está contando. Tal vez el hombre al otro lado del teléfono pensaba que se había vuelto loco, que lo que él le trataba de explicar era un cuento insano y macabro. Tal vez sólo lo sospechó durante un momento hasta que comprendió que su compañero estaba naturalmente angustiado.

—¿Pero tú estás bien? —repetía.

—Sí, bueno, sí, estoy bien —dijo finalmente Tojeira—, estoy bien..., te estoy contando y hablando, estoy bien...

Lo que Tojeira no entendía es que su voz no era la misma, se había vuelto diferente, más alta, entrecortada, deformada por la emoción.